

ABEN JALDUN

Y LA

POESIA

Por Max AUB

DURANTE setecientos años la familia de Aben Jaldún vivió en Sevilla, después de establecerse en Carmoña, con los primeros invasores árabes. Emigraron cuando Fernando III reconquistó la capital andaluza en 1248. Aben Jaldún nació en Túnez, en 1332. Vivió algún tiempo en Granada, fue Señor de Elvira —El Bira—, en la Vega, donde, más adelante, soñó acabar sus días. Paraíso perdido. Si el origen de la familia es yemenita el de su nombre es español: *un* no es sino el aumentativo *on*. Su maestro, Aben Boral, fue valenciano.

Su vida es una sucesión de aventuras políticas: poder, cárceles, huídas, poder, con los fugaces monarcas árabes de su tiempo. Extremos: embajador ante Pedro el Cruel, en Sevilla; quien intentó retenerle a su lado ofreciendo restituirle los perdidos bienes de su familia; y ante Tamerlán: bajado con cuerdas por los muros de Damasco, fue a hablar al Señor del Mundo que asediaba a la ciudad; el conquistador, conquistado por su prestancia y sabiduría, le dio escolta y viveres para regresar a Egipto, a principios

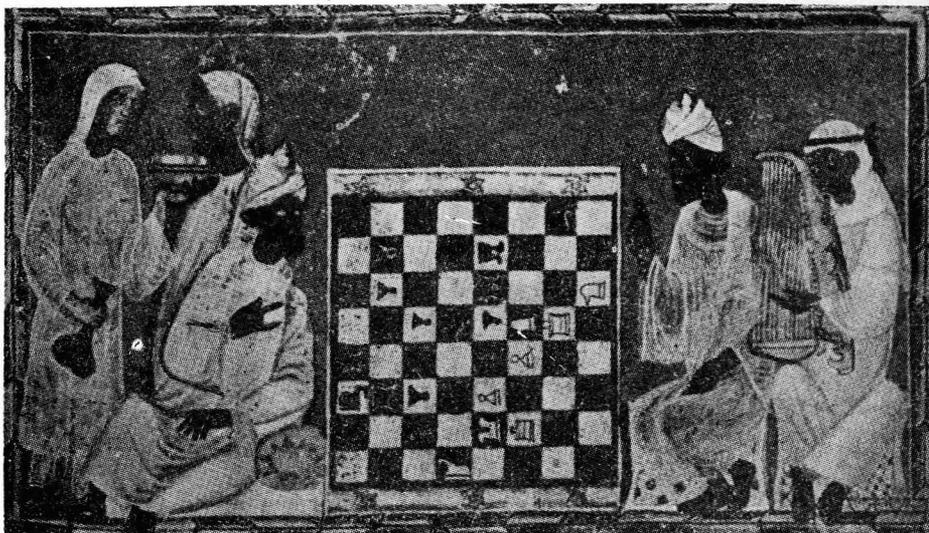


de 1401. Murió en El Cairo, cinco años más tarde, a los setenta y cuatro.

Aben Jaldún es un genio universal de la talla de Montaigne, de Descartes, de Giordano Bruno, de Espinosa. Explica el mundo, hasta donde se le podía alcanzar; primer sociólogo digno de este nombre. Poeta.

Generalmente, cuantos se refieren a su obra se preocupan exclusivamente de sus aspectos históricos o sociológicos o, si son profesores de literatura árabe, de sus descripciones de la poesía popular española, del zéjel.

Las líneas que traduzco —de la versión de Llana—, quizá por primera vez al español, de una de sus obras fundamentales, *Los Prolegómenos*, tienen una extraña resonancia mallarmeana.



EL ARTE DE COMPONER (CON ELEGANCIA) EN VERSO Y EN PROSA NO DEPENDE DE LAS IDEAS SINO DE LAS PALABRAS

EL arte de discurrir en verso y en prosa no se aplica a las ideas sino a las palabras; forman éstas el objeto principal (del arte), mientras los pensamientos son accesorios. El que quiere ocuparse de este arte y busca adquirir la facultad de expresarse en verso y en prosa, procura lograrlo con la ayuda de las solas palabras. Aprende de memoria los modelos de composición que los (antiguos) árabes nos han legado y espera, por su frecuente repetición por medio del órgano de la palabra, establecer sólidamente en su espíritu la facultad de emplear el idioma de Moder¹ y deshacerse de la influencia del idioma extranjero al que se habituó desde su primera juventud y en medio de su pueblo. Para lograrlo, debe considerarse como nacido entre los árabes y aprender su lengua como si fuese un niño entre ellos nacido, hasta llegar a ser como ellos, en cuanto al idioma se refiere. Esto es conforme con lo que ya dijimos; a saber, que el lenguaje es una facultad que se manifiesta por la emisión de la palabra y que se adquiere ejerciendo la lengua, repitiendo frecuentemente las mismas expresiones. En efecto, por el ejercicio se adquieren todas las facultades. Ahora bien, lo que los órganos de la palabra pueden ofrecer no son más que palabras, ya que las ideas quedan en el espíritu. Por otra parte, las ideas se hallan ya en

cada individuo y están a la disposición del entendimiento para que haga con ellas lo que mejor le parezca. Así pues, para adquirirlas (las ideas) es inútil el empleo de cualquier arte. Únicamente cuando se trata de combinar palabras, para enunciar ideas, el recurso a un arte se hace indispensable, tal como lo hicimos notar. Las palabras son, por decirlo de alguna manera, los moldes en los cuales se introducen las ideas; de tal manera que si se saca agua del mar en un cazo de oro, o de plata, o de vidrio, o de barro, o en una concha, la calidad del agua será siempre idéntica y las diferencias de calidad que quisieran hallarse no pueden existir en las porciones de agua sino en los vasos, y esto según la diversidad de sus especies. Sucede lo mismo con el idioma y su empleo en la expresión de las ideas: es mejor o peor según el mérito que posean las combinaciones de palabras; mérito que puede apreciarse cuando se examinan estas combinaciones bajo el punto de vista de su acuerdo con la representación de las ideas; en cuanto a éstas, guardan siempre su carácter invariable. El que no sepa combinar las palabras y las frases de manera que respondan a lo que se exige a la facultad de hablar y que intente expresar sus pensamientos sin lograrlo cabalmente, es como un hombre impedido que quisiera levantarse y no lo logra, al fallarle las fuerzas. *Dios os ha enseñado lo que erais incapaces de saber.* (*Alcorán*, azora II, verso 240.)

¹ Árabe clásico en que fue escrito el *Alcorán*.

